

AURELIANO TAPIA MÉNDEZ. *Correspondencia Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés. 1904-1942*. Edición, prólogo y notas de... Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2000.

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES
Universidad Nacional Autónoma de México

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, crítico e historiador de la literatura mexicana en quien recayó la responsabilidad de haber sido el último editor de las *Obras completas de Alfonso Reyes* publicadas por el Fondo de Cultura Económica, escribió en 1993 como prólogo al tomo XXVI de tal proyecto lo que sigue: “Treinta y ocho años después de iniciada la publicación de estas *Obras completas* y más de treinta después de la muerte de su autor, se llega al término provisional de su publicación [...] Queda entendido que seguirá pendiente la edición del copioso *Diario*, en curso de rescate el de los numerosos epistolarios”.

Como se advierte en esta cita, José Luis Martínez reconocía que la correspondencia forma parte del *corpus* alfonsino. Esta es una perspectiva que sin duda hubiera satisfecho al propio Alfonso Reyes, quien no sólo se empeñó como pocos en la redacción de sus misivas, sino que también comprometió algún esfuerzo en abrirles a éstas un lugar entre su obra de creación y estudio. Así, en más de una ocasión, incluyó en algunos de sus libros una carta, o atribuyó la forma epistolar a ciertos juegos de la imaginación y la inteligencia, o, sobre todo, organizó el caudal de sus cartas con miras a la edición. En este sentido, Reyes marchó tras los pasos de su bienamado Goethe, quien dispuso en el recuento definitivo de su propia obra una entrada para la correspondencia, seguro de que en estos papeles se daban cita las mejores personalidades de la Europa de su tiempo y, por consecuencia, se atesoraba el registro de las más altas ideas que entonces se hayan concebido. Reyes emuló este gesto de talante dieciochesco, y sus fieles editores, siguiendo a José Luis Martínez, han

contribuido a esclarecer esta provincia, tanto psicológica como social, de la institución de la cultura hispanoamericana en la cual ha terminado por convertirse el gran escritor.

En cuanto a este último aspecto, el propio José Luis Martínez contribuyó sustancialmente con el “rescate” de la obra postal de Reyes no sólo por la importancia y la cuantía de los materiales que editó, sino también y sobre todo, desde mi punto de vista, por el modelo que diseñó a propósito de la edición, anotación y comentario de la correspondencia sostenida entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña durante el lapso que va de 1907 a 1914. La contribución de José Luis Martínez a este respecto ha sido tal que casi podría afirmarse que no hay nadie, entre los subsecuentes editores de epistolarios alfonsinos, que haya continuado la labor de Martínez en cuanto a la problematización de orden textual e interpretativo propia del documento epistolar.

Aureliano Tapia Méndez, editor, anotador y prologuista del libro que da pie a esta reseña, *Correspondencia Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés. 1904-1942*, no escapa a esta afirmación: a pesar de la importancia indiscutible de los materiales recopilados en esa obra, a pesar de la reproducción facsimilar de los documentos originales, del empeño desarrollado en el prólogo y en las notas por contextualizar histórica y literariamente las cartas; insisto, a contrapelo de unas virtudes que nadie podría soslayar, hubiera sido deseable poner al servicio de los lectores de esta correspondencia los instrumentos y los criterios, tanto editoriales como críticos, que ciertas orientaciones de la crítica textual han desarrollado en beneficio de la edición y el estudio de documentos modernos y contemporáneos. Sólo por señalar un par de ejemplos, me permitiré decir que la edición del padre Tapia Méndez hubiera ganado mucho en caso de haber adoptado un sistema que describiese escrupulosamente la materialidad de los documentos, además de otras peculiaridades significativas que no se alcanzan a percibir en las reproducciones facsimilares: color de sellos y membretes, estado de la tinta, papel, etc. Además, la edición también se hubiera visto beneficiada gracias a un criterio mucho más riguroso, equilibrado y constante en las notas.

Cualquiera que sea la ponderación que merezcan sus decisiones tanto editoriales como textuales, es un hecho fuera de toda discusión que Aureliano Tapia Méndez añadió al horizonte epistolar de Alfonso Reyes un expediente que merece toda nuestra consideración por varios aspectos. Se trata de 41 cartas enviadas, en su mayor parte, por Reyes a Ignacio H. Valdés, amigo de los tiempos en que el escritor cursó sus primeros estudios de educación secundaria en el Colegio Civil de Monterrey. El primero de estos documentos fue redactado el 7 de octubre de 1904, y el último el 2 de septiembre de 1942. La serie epistolar se desarrolla con regularidad hasta el documento fechado el 4 de enero de 1910 (carta 29), para sólo reiniciarse a partir del 1 de abril de 1929 sin la continuidad de la adolescencia y la primera juventud de Reyes, y apenas con la cordialidad adulta de esporádicas felicitaciones onomásticas y una consulta legal. En consecuencia, estamos ante un inesperado registro de la adolescencia y primera juventud de Reyes; el Reyes que abandona la ciudad natal con el propósito de continuar sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria; el Reyes que se incorpora a la *jeunesse dorée* de vocación arielista que alimenta las reformas educativas de Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública; el Reyes que ingresa a la Escuela Nacional de Jurisprudencia y al Ateneo de la Juventud. Sólo esto dará una idea de la importancia de los testimonios reunidos en *Correspondencia Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés*.

Por otro lado, la índole expresiva de este registro también merece un comentario favorable, pues las palabras de Reyes se dirigen a un amiguito de las primeras letras, las primeras faldas y los primeros poemas; un amiguito que con el paso del tiempo se va alejando de las expectativas profesionales propias del ateneísmo. Por lo tanto, Reyes se dirige a este corazón sencillo sin la elaboración propia con la cual, aun en fecha temprana de su carrera intelectual, acudiría a Pedro Henríquez Ureña, sólo por aludir a otros documentos de la primera juventud de Reyes.

En suma, Aureliano Tapia Méndez ha editado algunas de las cartas más tempranas de Alfonso Reyes hasta hoy conocidas, dirigidas a un destinatario con quien lo unían lazos más emotivos que intelectuales. Así, las cartas hablan de un cuadro afectivo, educativo e intelectual que

no se agota, no podría agotarse en la imagen pública del Ateneo de la Juventud ni del huérfano histórico y político que Reyes fue entre sus compañeros tan pronto como su distinguido padre, el general Bernardo Reyes, se vio forzado a abandonar México por voluntad del propio Porfirio Díaz. En vez de estas notas elevadas que convienen a la constitución de un prócer de la cultura mexicana, y de la leyenda patriótica, nacionalista y revolucionaria de un grupo de estudiantes aventajados y escritores en ciernes; en vez de ello, insisto, tenemos ante nosotros un escenario de colores más intensos y variados, de gran movimiento, de contrastes muy acusados.

Un escenario que conviene, como pocas fuentes documentales, al estudio de los años casi infantiles de Reyes; los años de las ambiciones grandilocuentes y las pasiones inconstantes; los años de un jovencito enamorado e impaciente; los años de las adquisiciones definitivas en materia de literatura.

Pero también estamos ante un escenario que puede apoyar nuestros estudios con respecto de la educación universitaria en México durante los años en los cuales el ministro Justo Sierra llevó a cabo las reformas necesarias para la fundación de la Universidad Nacional; escenario de cambios y negociaciones sin el cual no es posible comprender la identidad e índole más profundas del Reyes ateneísta. Hablo de un Alfonso Reyes mucho más allá de la mitología revolucionaria del Ateneo de la Juventud; un Alfonso Reyes cuyas orientaciones básicas en cuanto a cultura literaria sean planteadas de una vez por todas a la luz de la estructura histórica de la Escuela Nacional Preparatoria y de la educación pública de nivel universitario administrada por Justo Sierra.

En conclusión, podemos afirmar que el epistolario Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés arroja luz sobre dos facetas relativamente poco estudiadas del polígrafo regiomontano: una de carácter psicológico y otra social. Sobre la primera han insistido especialmente tanto el editor del epistolario en su estudio introductorio, como el prologuista Alfonso Rangel Guerra, ameritado estudioso de Reyes y hombre preocupado en la edición de fuentes y documentos alfonsinos.

De acuerdo con este modo de plantear las cosas, tanto Rangel Guerra como Tapia Méndez examinaron ciertas líneas particularmente valiosas en las cartas de Reyes. Me refiero a las líneas que constituyen los poemas precoces y definitivamente proscritos de sus libros por el escritor. Sin embargo, con ser tan cercanos al paso de sus días juveniles, estos poemas, junto con el contenido de las cartas propiamente dichas, también iluminan el escenario social de la juventud de Reyes. Dedicemos a este aspecto algunas palabras antes de concluir.

Las cartas y los poemas redactados por Reyes entre 1904 y 1910 contienen valiosas indicaciones para emprender el examen de la cultura *específicamente literaria* propia de la época del Centenario de la Independencia de México; una cultura que, de acuerdo con el temple de la época, se atiende al campo y a las prácticas sociales propias de la educación pública. Así, la enseñanza de la literatura en la Escuela Nacional Preparatoria resulta un asunto de la mayor importancia en el examen de este sistema de cultura. En caso de seguir esta línea, me parece que la labor de Reyes desarrollada entre 1906 y 1913, así como las directrices más constantes de su labor a lo largo de su vida, dejarían de ser explicadas sólo como meros actos de un talento excepcional fuera del sedimento histórico y social del México del periodo, que es como suele plantearse, digamos a manera de ejemplo, su afición a Grecia.

Lejos de ello, hacia los años documentados por el trabajo de Aureliano Tapia Méndez, parece actuar en el país una estructura histórica que viene de tiempo atrás, y que se manifiesta consciente de sí misma, depurada, plena, en la gestión pública y en la obra de Alfonso Reyes alrededor de 1910.

Este modo de ver las cosas podría seguirse fructíferamente si, pongamos por caso, se reconociera a la Escuela Nacional Preparatoria como el almacigo del cual emergió la firme orientación clásica y preceptiva que preside toda adquisición literaria de Alfonso Reyes en esos años. De allí los notables sonetos dedicados a la memoria de André Chénier (1908) que ya se prefiguran en los poemas contenidos en el epistolario que nos ocupa. Recórranse las páginas editadas por Tapia Méndez y se encontra-

rán los indicios de un mundo para el cual la literatura es un asunto de modelos, normas, aprendizaje, imitación y práctica constantes.

Además de este sustrato literario, la vertiente social de la *Correspondencia Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés. 1904-1942* también apunta en dos direcciones de gran valor para el estudio del periodo. En primer lugar, pienso en las repetidas alusiones del joven Reyes a una serie de actos de socialización, tanto escolar como literaria, perfectamente regulares en el panorama universitario de la época, y de la cual las conferencias ateneístas se desprenden con absoluta naturalidad como un caso más de la educación porfirista. En seguida, y como complemento de este señalamiento, se destaca en el epistolario la protección y el financiamiento oficial de las iniciativas ateneístas. Tal es el caso de la cesión de espacios en beneficio de actos públicos y conferencias, la subvención económica directa y la publicación del *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, que acogiera uno de los primeros discursos públicos de Reyes.

Para concluir, la correspondencia editada por Aureliano Tapia Méndez debe integrarse inmediatamente al fondo documental necesario para examinar la gestión pública y la obra de Alfonso Reyes durante los años estelares del Ateneo de la Juventud; un examen que pueda relacionar los accidentes anecdóticos de dicho periodo con una estructura social firme y profunda, de carácter literario y educativo a la vez, de orientaciones tradicionales y fuertemente preceptivas. Si leemos con atención aquello que Reyes informa a su amigo Valdés, reconoceremos que hacia 1910 se perfiló en todo su desarrollo un modelo histórico de acuerdo con el cual la cultura literaria quedó enmarcada en el campo social de la educación universitaria y de los servicios culturales del Estado. De ese modelo nos habla la obra ulterior de Alfonso Reyes y de no pocos escritores mexicanos de su tiempo.